



AMARYLLIS FOX
ENCUBIERTA

MI VIDA AL SERVICIO DE LA CIA

Encubierta

Mi vida al servicio de la CIA

Amaryllis Fox

Traducción de Ana Duque de Vega

Rocaeditorial

ENCUBIERTA

MI VIDA AL SERVICIO DE LA CIA

Amaryllis Fox

Amaryllis Fox estaba en su último año de Teología y Derecho Internacional en la Universidad de Oxford cuando su mentor Daniel Pearl fue secuestrado y decapitado. Motivada por la brutalidad, Fox se apuntó a un máster especializado en conflictos y terrorismo en la Georgetown School, donde creó un algoritmo para predecir las probabilidades de apariciones de células terroristas en cualquier ciudad alrededor del mundo. Fue reclutada de inmediato por la CIA con tan solo veintiún años.

Su primer encargo fue estudiar y analizar cientos de cables clasificados de gobiernos extranjeros y sintetizar dicha información para los informes diarios para el presidente de Estados Unidos. Su siguiente misión estuvo relacionada con el antiterrorismo de Irak. A los veintidós años fue sometida a un entrenamiento sobre operaciones avanzadas, fue enviada de Langley a La Granja, donde vivió durante seis meses en un mundo simulado en el que aprendió el uso de armas, a escapar de los sitios más peligrosos del mundo, a soportar torturas y los mejores métodos para suicidarse en caso de que la capturasen. Al final de dicho entrenamiento, fue enviada como espía bajo una tapadera no oficial de experta en comercio de arte a infiltrarse en las redes terroristas de las áreas más remotas de Oriente Medio y Asia.

ACERCA DE LA AUTORA

Amaryllis Fox, además de su carrera en la CIA, ha cubierto sucesos de actualidad y trabajado como analista para la CNN, el canal National Geographic, Al Jazeera, la BBC y otras agencias de noticias globales. Da conferencias en congresos y universidades de todo el mundo sobre la cuestión de la pacificación. Actualmente vive en Los Ángeles con su marido y sus hijas.

ACERCA DE LA OBRA

«A las mujeres y hombres de la CIA, cuya labor es dura y casi nunca lo suficientemente reconocida. Os enfrentáis a cuestiones éticas y leyes, la vida y la muerte. No contáis con el lujo de poder criticar desde el sillón o escurrir el bulto. Trabajáis a la sombra del apocalipsis potencial, con el coste implícito de vidas humanas y sueños. Leales a la bandera, a la Constitución, a algún poder superior, ya sea Dios o el amor. Llegué a la madurez entre vosotros, macerada en la tradición del servicio que ya encontré modelado para mí. Gracias por hacer de mí la mujer que soy ahora.»

AMARYLLIS FOX, EN LOS AGRADECIMIENTOS DEL LIBRO

Dedicado a mi madre, quien me enseñó a vivir sin secretos

1

En el cristal puedo ver al hombre que me está siguiendo. Me he dado cuenta por primera vez al girar en un par de calles, al ver que su camino coincidía con el mío en el laberinto de callejones de Karachi. Nuestro reflejo se mezcla en la ventana del sastre. Es alto y tiene cara de caballo. Abre y cierra las palmas de las manos al caminar. «La seguridad del velo», reza un póster colocado sobre hiyabs y burkas.

Ante mí veo llegar y salir el autobús al que pensaba subir, recubierto de un éxtasis de diseños y pigmentos variados. Cada centímetro está pintado con brillantes formas y espirales, intrincadas e infinitas, como una carroza del Mardi Gras, un templo diésel dedicado al placer visual. Parece un animal salvaje agobiado por su carga, un dragón moviéndose pesadamente, abrumado por su propia belleza y los viajeros que le cuelgan de la espalda y la barriga. Es lo que más me gusta de Pakistán, los autobuses. En contraste con el polvo, la contaminación y los bocinazos, son deslumbrantes, como el descubrimiento de un alma gemela tras el rostro anodino de un extraño.

No supondrá un gran retraso si pierdo este. En pocos minutos pasará otro con destino a M. A. Jinnah Road. Mejor no dar al señor Ed la sensación de que intento despistarle: no hay nada más sospechoso que eludir la vigilancia. Eso

siempre me hace reír en las películas sobre agentes de la CIA: gente haciendo *parkour* por los tejados y malabarismos con las Glocks. En la vida real, una persecución por el centro de la ciudad supondría el fin de mi identidad falsa; es mejor mantener tranquilos a los perseguidores con una falsa sensación de seguridad, caminar lo suficientemente despacio como para que les sea fácil seguirme, detener el coche cuando el semáforo está ámbar, dejarme ver bien cada vez que entro y salgo. En otras palabras, matarlos de aburrimiento. Y luego escabullirme y dejar la misión Bond para cuando estén durmiendo tranquilamente.

Puedo ver al señor Ed jugueteando con utensilios de cocina en un puesto del mercado mientras esperamos. No tengo claro qué clase de vigilante es. La primera opción suele ser un agente del servicio local de contraespionaje del gobierno del país en cuestión. Pero en este caso no estoy tan segura. Los agentes de inteligencia pakistaníes saben lo que hacen. Sus equipos de vigilancia suelen componerse de seis o siete miembros, para turnarse en el seguimiento cada pocas calles y minimizar la posibilidad de que me dé cuenta. Este hombre parece estar solo, y además tiene rasgos extranjeros. Aunque viste de la forma tradicional, con un *kameez* largo y suelto sobre los pantalones, tiene cierto aire de Asia central; tal vez de Kazajistán o Uzbekistán. Lo más probable es que me esté controlando en vistas a la reunión de mañana. Al Qaeda ha sufrido una invasión de reclutas en los últimos tiempos, y es bastante típico que pongan a los recién llegados a trabajar como observadores. Les da la oportunidad de conocer la ciudad mientras los responsables de reclutar al grupo los evalúan.

Lo veo zigzagueando por los puestos que flanquean el lateral del Bazar Jodia. Escoge una pieza de un carburador y la hace girar en sus manos. Hay algo en la forma de examinarla que me hace pensar si no es otra clase de espía (un aspirante a traficante de armas que sabe que trabajo con Jakab, el proveedor húngaro de todas las sobras soviéticas). Por supuesto, siempre cabe una cuarta posibilidad un tanto decepcionante: es el simple agresor potencial, que observa a una chica americana de veintiocho años deambulando sola por las calles de un país extranjero. Después de todo, no hay que descartar la navaja de Occam: la explicación más simple suele ser la acertada.

Ya sea un matón o trabajo para el gobierno, cualquier vigilancia es motivo para abortar una operación. No tiene sentido encontrarse con una fuente o recoger documentos con público en la retaguardia. Los tipos más inofensivos pueden dejar de serlo cuando creen estar presenciando algo digno de contar. Por suerte, no voy de camino a ninguna actividad relacionada con la misión. No hasta mañana. Hoy es puro reconocimiento.

Jakab me indicó el cruce de Abdullah Haroon con Sarwar Shaheed. Es todo lo que sabía, dijo. Aunque ni siquiera debería saberlo. Interrogó a sus compradores en busca de la información, con la excusa de venderles la bomba más adecuada para el trabajo. Les dijo que necesitaba saber más del objetivo con el fin de garantizar que el material sería suficiente como para que la radiación quedara registrada en un contador Geiger, y eso bastó para ganarse su atención.

Cuando llega el siguiente autobús, subo relajada y lentamente, como si no fuera a comprobar el objetivo de un po-

sible ataque terrorista nuclear. El señor Ed sube a la parte superior para sentarse en el techo. Yo tomo asiento en el compartimento de las mujeres. Afuera está atardeciendo y las motocicletas empiezan a encender las luces. En medio del apabullante tráfico vespertino puedo admirar los edificios, en su mayoría más antiguos que el propio país, monumentos de un tiempo en que la India y Pakistán estaban unidos; juguete de colonialistas y reyes. Siento cierta afinidad hacia el país, por mi condición de yanqui. El menosprecio del yugo de Inglaterra. Puedo imaginar a los hombres y las mujeres a mi alrededor arrojando cajas de té al océano ataviados con *kameezes* y *dupattas*. Somos países rebeldes, ellos y nosotros. Lástima que la rebelión cause tanto derramamiento de sangre.

Veó el cruce entre el tráfico y los carros llevados por asnos, más allá de los toldos descoloridos dispuestos entre los edificios para prestar refugio del sol que ahora se pone. A un lado está el Banco Nacional de Pakistán, que supongo que podría ser una opción razonable. Después de todo, los mulás eliminaron las Torres Gemelas como objetivos militares legítimos, alegando que Estados Unidos asesina a musulmanes, ya sea con tanques, ya sea empobreciendo a inocentes. Pero tengo la sensación de que no será ese edificio. Es de anodino hormigón, brutalidad de posguerra mordazmente desnuda. No parece exactamente un exponente de los excesos de Occidente.

Espero hasta que el conductor reduce la marcha y vuelvo a integrarme en el polvo de la ciudad. El señor Ed aterriza suavemente al otro extremo del autobús. Cruzo la calle Abdullah Haroon lo bastante despacio como para que pueda

seguirme, y al llegar al otro lado caigo en la cuenta. Ante mí, apenas apartado de unas verjas con cadenas, se alza lo que parece un castillo en miniatura, una diminuta fortaleza de piedra entre *rickshaws* y palomas. Es el Club de Prensa de Karachi, el bastión de la libertad de expresión y del periodismo independiente, legendario hogar de la protesta y el debate, además de contar con el único bar que sirve alcohol en el país. Apuesto que ese es su objetivo. Nada mejor que emborracharse para que le tiren a una una bomba en esta ciudad.

Por lo que dijo Jakab, este ataque estaría pensado como un aviso: un cañonazo de advertencia para cualquier país donde la prensa actúe tan libremente como fluye el alcohol. Primero limpiemos Pakistán, después ya pondremos la atención en el infiel. Es un posicionamiento elegante, pero lo cierto es que resulta mucho más fácil de planificar y ejecutar un atentado aquí que en Times Square. Al Qaeda lleva trabajando en su capacidad nuclear como mínimo desde 1992, cuando Osama bin Laden envió sus primeros emisarios a Chechenia en busca de material fisionable fuera de control en la confusión del desmoronamiento soviético. Pero las cabezas nucleares recuperadas son escurridizas, caras y muy inestables. Tiene sentido hacer un simulacro cerca de casa.

Eso significa que estoy haciendo frente a dos escenarios simultáneamente: en primer lugar, el atentado potencial ante mí; en segundo, las consecuencias que tendría una réplica en suelo estadounidense. Escritores y pensadores de todo el mundo, también americanos, pronuncian discursos en el Club de Prensa de Karachi. Una bomba nuclear de diez

kilotones vaporizaría todos los edificios y a todas las personas en un radio de ochocientos metros. Si en el exterior del edificio del *New York Times* en el centro de Manhattan se detonase un arma semejante, Times Square, Penn Station, Bryant Park y la biblioteca pública de Nueva York quedarían incinerados, además de incontables apartamentos, tiendas, escuelas de preescolar y taxis, en una explosión de mayor temperatura que la del sol. Puesto que la luz viaja más rápido que el sonido, el medio millón de personas aproximadamente que se encontraría dentro de esa primera onda explosiva se volatizaría antes de haber escuchado siquiera la detonación. La radiación mataría a la mayoría de las personas que se encontrara en otro radio de ochocientos metros más en cuestión de pocos días. El cáncer asolaría a los barrios vecinos durante años.

El terrorismo es un juego psicológico de intensificación. No es el último atentado el que provoca el miedo. Es el siguiente.

Quienes crean que es alarmante que se ataquen embajadas, como sucedió en Kenia y Tanzania en 1998, deberían intentar imaginarse un acorazado devastado en servicio activo, como sucedió con el USS Cole en el golfo de Adén en 2000, hace dos años. Si pensar en un ataque a nuestro ejército nos parece aterrador, ¿qué sensaciones es capaz de suscitar un atentado con multitud de víctimas en nuestro país, como el que vimos desplegarse horrorizados en la mañana despejada de un martes el siguiente mes de septiembre?

La cuestión para Al Qaeda desde el 11-S ha sido cómo seguir a partir de ese momento. ¿Qué podría ofrecer una

imaginería más perturbadora que aviones estrellándose contra rascacielos? ¿Qué podría ser más destructivo que asesinar a tres mil personas en la mañana de un martes cualquiera? En última instancia solo queda la nube con forma de champiñón. La única intensificación viable es una explosión tan fuerte que su imagen se quede grabada en la retina de los pocos supervivientes para el resto de sus vidas.

El señor Ed está observando a una mujer que atraviesa los portones del Club de Prensa de Karachi. Lleva la cabeza cubierta por un pañuelo de estilo Pucci de los años setenta. La parte inferior del *kameez* es un estampado de flores. Su aspecto es recatado, islámico, con un alegre guiño al estilo *Mamá y sus increíbles hijos*. Junto a los portones, un hombre vende flores, cortadas y dispuestas en ramilletes. Grita los descuentos en el precio a través de las ventanillas de los conductores. En la acera, tras él, un letrero indica la consulta de un dentista para niños.

Siento la rabia en mi interior ante el horror. El destripamiento. El desperdicio inútil y abominable de potencial humano. Siento ganas de correr hacia el hombre con cara de caballo, abordarlo y zarandearlo, y preguntarle cómo puede pasársele por la cabeza asesinar a una mujer que se cose un estampado de flores en la ropa. Cómo puede pasárselle por la cabeza asesinar a medio millón de personas como ella. Pero, por lo que sé, solo es un perseguidor callejero común y corriente. Tendré mi oportunidad mañana de decirle a Al Qaeda por qué no deberían detonar un arma nuclear en el centro de una gran ciudad. Una oportunidad,

cara a cara, con el grupo que quiere poner a este país de rodillas.

Supongo que es mejor dejarle en paz.

Entonces saca su móvil y mantiene contacto visual conmigo mientras marca un número.

2

Mi padre es como una hoja de cálculo: lógico, impulsado por datos y capaz de analizar tantas informaciones como recibe. Es americano, creció en Franklinville, Nueva York, una ciudad tan pequeña e insular que fue uno de los pocos niños de su clase en ir a la facultad. Fue a la Universidad de Chicago y se convirtió en uno de los profesores de Economía más jóvenes de su historia. Para cuando llegamos Ben, mi hermano mayor, y yo, hacía de consejero para gobiernos de todo el mundo sobre política energética, lo que significaba verlo casi siempre de camino hacia el aeropuerto, o de regreso.

En aquellos primeros días, mi madre era más como una pintura impresionista: hermosa, correcta y destinada a zafarse de las normas relativas a las formas y estallar algún día (aunque todavía no) para crear su propia verdad abstracta. Es el color en nuestra libreta de colorear, la alegría de nuestras mañanas, tardes y noches. Es inglesa. Y como todos los británicos, creció impregnada de la tradición y el protocolo. En mis primeros recuerdos, seguía atada por las reglas clasistas que rigen los círculos sociales de las casas de campo inglesas. En su juventud fue una poetisa apasionada, mientras su madre tiraba de las riendas de su intensa genialidad y le enseñaba la importancia de tener los hábitos, el len-

guaje y la formación adecuados para prosperar en las aguas desconocidas de la aristocracia británica. Y, en esos primeros recuerdos, seguía planteándose si debía transmitir esas normas o no. Un presente de amor para sus hijos, que lo éramos todo para ella. Pero seguía siendo una artista en el corazón, por lo que, en lugar de eso, decidió permitirnos ser lienzos en blanco y, lenta y valientemente, que el color traspasase las líneas.

Mi hermano tiene dificultades de aprendizaje. A veces eso significa que no percibe esas líneas. Es sumamente inteligente, pero con reducidas aptitudes motrices y del habla, sufre el despiadado y banal acoso escolar en nuestro colegio en Washington. Mi madre está decidida a enmendar las dificultades de Ben por miedo a que los demás sean crueles con él, que lo clasifiquen en la clase equivocada o que piensen que es diferente. Como una sherpa, decidida a llevar su carga hasta la cima del Everest, mi madre se sienta con Ben a la mesa de nuestra pequeña cocina armada de paciencia, con el libro de mates abierto lleno de un mar de números que según Ben no paran de moverse. Dice que se mueven como duendecillos, y yo vigilo desde el armario bajo el fregadero, por si alguno sale volando y lo puedo ver. He convertido el armario en mi rincón de juegos, con nubes en las paredes hechas de pegamento seco. De vez en cuando mi hermano deja de simular que entiende la materia cuando ve que nadie mira y se vuelve hacia mi escondite desesperado y agotado. Entonces levanto la pata de nuestro viejo terrier, Snowy, en un saludo solidario, o hago como si el cangrejo ermitaño que tenemos como mascota gritase su nombre, hasta que por fin esboza una